TRES MUY BUENAS LECTURAS PARA LOS MAYORES. UN DIVERTIMENTO LITERARIO: JOSÉ LUIS SAMPEDRO, MIGUEL DELIBES Y LUIS SEPÚLVEDA

José Luis Molina Martínez
Lorca (España)

El tema de los *mayores*, eso que se ha dado en llamar en España eufemísticamente *tercera edad*, es grato para los *mayores*. Es como una escuela de aprendizaje. Al mismo tiempo, estas novelas, además de estar bien escritas, pueden servir para una animación a la lectura para los alumnos de la Universidad de Mayores. Este es el motivo por el que voy a efectuar un breve montaje con pasajes de las tres que, en cierto modo, las definen y entretejen. Este ejercicio de interdisciplinariedad puede hacer que se sienta el deseo de efectuar su lectura completa. Ese es el objetivo al tiempo que un posible modelo para enlazar de modo creativo otras novelas de autores diferentes que, en cierto modo, se puedan relacionar.

José Luis Sampedro nació en 1917 en Barcelona. Es un economista metido a escritor. Publica su primera novela en 1947, *La sombra de los días*. Pero, hasta hace unos pocos años, con *Octubre, octubre*, no le llega el reconocimiento y el triunfo. De sus novelas me quedo con *La sonrisa etrusca*. Explico primero el título: los etruscos son un pueblo de origen oriental que llega a Roma en tiempos remotos y se sitúa al norte del Tiber, en la Toscana y Umbría. Su característica artística fundamental es la escultura, sobre todo la de los sarcófagos, cuyos rostros son verdaderos retratos. Circunstancialmente, el protagonista de la novela, Salvatore Roncone, visita el museo romano de *Villa Guilia* y se extasía en la saleta de *Los Esposos* viendo un sarcófago etrusco en que yacen unos esposos en un triclinio en actitud de comer:

> *La mujer, apoyada en su codo izquierdo, el cabello en dos trenzas cayendo sobre sus pechos, curva exquisitamente la mano derecha acercándosela a sus labios pulposos. A su espalda, el hombre, igual-*

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

mente recostado, barba en punta bajo la boca faunesca, abarca el talle femenino con su brazo derecho. Y bajo los ojos alargados, orientalmente oblicuos, florece en los rostros una misma sonrisa indescriptible: sabia y enigmática, serena y voluptuosa.

Esta novela, densa y con diversas lecturas, nos habla de un hombre mayor, viudo, que viene a la ciudad a un reconocimiento médico que confirma el cáncer que padece. Le cuesta trabajo adaptarse a la vida de la gran urbe, él que era amante de los montes y de la vida de aldea. Le cuesta trabajo adaptarse a la vida de su hijo y de su nuera con la que no congenia. Pero el entendimiento, más bien inventado, de que su nieto lo necesita para que él lo haga un hombre, no lo iba a ser con la educación moderna, le hace superar esos antagonismos y dejar una huella indeleble por sus gestos de humano. Al mismo tiempo es útil a la misma Universidad: estudian la tradición oral y él les narra los cuentos populares de su Calabria natal a unos profesores que encima de todo le pagan y no tiene remordimientos si les varía las leyendas, los mitos ancestrales. Y, viejo luchador y entendedor de la política, no en vano había sido preso de la Gestapo en Rímini por haber militado en la resistencia, enamoradizo siempre, conoce la ilusión de hacer despertar el amor, tierno y materno al mismo tiempo, en otra mujer solitaria, que le ayuda a pasar el trago amargo de las últimas crisis angustiosas y dolorosas de su enfermedad, pero a la que le había dado estímulo de vida, él que caminaba hacia la muerte a pasos agigantados. Aquella sonrisa feliz y estereotipada, apenas iniciada y cómplice, de los esposos etruscos le permite sonreírle a la muerte y galvanizar un poco la vida rutinaria de sus cercanos.

De Miguel Delibes apenas se puede decir algo que no sepáis. Nació en al año 1920. Fue profesor de la Escuela de Comercio, periodista y director de *El norte de Castilla* de Valladolid. Es autor de una gran cantidad de novelas. Posee los mejores premios de la literatura española como el Nadal, 1947, Premio Príncipe de Asturias, 1982, Nacional de las Letras Españoles, 1991 y Cervantes, 1993. Habréis oído hablar de *Cinco horas con Mario* o de *Los santos inocentes*. Destaco la novela que escribió sobre la vejez: *La hoja roja*. Hacía referencia a aquella hojita de ese color que llevaban los estuches de papel de fumar, cuando el tabaco se liaba en España, para avisar que se estaba acabando el papel. No me gusta hablar de ella porque el papel se podía reponer. No así el papel de los días. La hoja roja nos avisa que nos queda poco tiempo de vida. Y eso casi no gusta a nadie por más que sea un conocimiento

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

cierto. Prefiero recomendar *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* porque el protagonista es un jubilado y encierra un mensaje más optimista aunque en ella aflora el desengaño. Trata de la correspondencia o carteo que mantienen dos mayores. Ella, sevillana y atrevida, pone un anuncio en el periódico con el fin de entablar relaciones con un hombre con fines honestos, casarse. Él recorta el anuncio de la revista que encuentra en la antesala de un médico y entabla una correspondencia que dura hasta que se encuentran en Madrid para conocerse físicamente:

> *Queridísima: Tu imagen me persigue las veinticuatro horas del día. Me levanto con tu fotografía entre los dedos y me duermo (es un decir) contemplándola. Ahora me obsesionan las zonas difusas de tu cuerpo: el hoyuelo donde tu garganta concluye, las axilas, el tibio triángulo que divide tus pechos. A veces te acaricio con los ojos con tal insistencia que llego a percibir una sensación táctil. A la noche, claro está, me asaltan sueños libidinosos.*

Ernesto, personaje equívoco, solterón, siempre dominado por sus hermanas, de una de ellas andaba oscuramente enamorado, es el único personaje que conocemos por su comportamiento. Rocío es solamente un interlocutor, sabemos de ella a través de lo que él nos dice al escribir la carta de contestación. Las respuestas a las cartas de Onésimo no se escriben. Así pues, es un hombre el que interpreta el papel principal, ella sólo es una referencia. Ernesto es un hombre que ve a la mujer, a Rocío, bajo el prisma de lo que él ha vivido en su casa con sus hermanas. Ahí radica su equivocación. Le falta categoría para crearse su propia vida, dejar correr su imaginación y hacer actos personales, no imitaciones débiles, no la repetición de lo vivido por otras vidas que no han sido la suya. El periodista Ernesto no arriesga. Es un personaje acomodaticio que se cree perfecto, tanto que ni siquiera duda. Y esa seguridad, ficticia, es origen de los errores que va a cometer, sin que los juzgue jamás así, sino circunstancias de la vida.

De Luis Sepúlveda conozco poco. Es sudamericano, defensor de la Amazonía, es decir, tiene una opción política moderna, apuesta por la ecología, escribe poesía, novela y practica el periodismo. De este autor me voy a referir a *El viejo que sólo leía novelas de amor*. Esta novela, premio Tigre Juan en 1989, se ha traducido a las principales lenguas y es una muy bella novela, no muy extensa.

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

Protagoniza la novela Antonio José Bolívar, un nativo desdentado que había vivido con los jíbaros de los que aprendió el modo de sobrevivir en la selva; se ve envuelto en una aventura cuando precisamente lo que buscaba era tranquilidad. Había vivido ya la vida en la selva con su mujer, Dolores Encarnación, y buscado un mejor pasar, aunque sólo consiguió enterrar a su esposa, que no podía aguantar el clima insalubre y el exceso de trabajo, además de no hallarlo. Volvió a sus orígenes y allí esperaba la llegada del dentista, Rubicundo Loachamín, a *El idilio*, lugar en el que transcurre la acción, que visitaba la localidad dos veces al año y le llevaba a Bolívar, cada vez, dos novelas de amor. Antonio José sabía leer, no escribir. Pero estaba obsesionado con la lectura, tanto que en una ocasión fue a una aldea cercana y pasó cinco meses aprendiendo a leer con la maestra. Y todo, por leer novelas de amor. Y como también tenía dificultad en leerlas, pasaba seis meses con cada remesa:

> *Leía lentamente, juntando las sílabas, murmurándolas a media voz como si las paladeara, y al tener dominada la palabra entera la repetía de un viaje. Luego hacía lo mismo con la frase completa, y de esa manera se apropiaba de los sentimientos e ideas plasmadas en las páginas. Cuando un pasaje le agradaba especialmente lo repetía muchas veces, todas las que estimara necesarias para descubrir cuán hermoso podía ser también el lenguaje humano. Leía con ayuda de una lupa, la segunda de sus pertenencias queridas. La primera era la dentadura postiza.*

A su edad, setenta años, era todavía un hombre capaz de enfrentarse a la autoridad local, encabezar una cacería y matar en solitario a una peligrosa tigresa herida a la que unos depredadores sin conocimiento habían matado sus cachorrillos y buscaba sin saberlo un buen tiro en la cabeza para matar su dolor a la misma vez. Tiro que le metió Bolívar en apasionante peripecia.

Todas estas novelas, de las que les hablo para que las lean si les apetece, tienen algo en común, aunque antes debo comentar sus disparidades. La primera concluye con la muerte del protagonista. Ya sabíamos que iba a suceder porque estaba enfermo. Mas antes consigue pacificar algunas cosas de su entorno. En la segunda, el viejo, tras vencer en la lucha con la tigresa, continúa leyendo novelas de amor. Y es que sus novelas *«hablaban del amor con palabras tan hermosas que a veces le hacían olvidar la barbarie humana»*. En la tercera, Ernesto es burlado y traicionado por su mejor amigo, el único

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

que conocía sus amores por correspondencia. Tanto le había ponderado las virtudes y el físico de Rocío que se decidió a ir a visitarla. Cuando Ernesto se entrevista con ella, su actitud tan fría y distante, lo desconcierta. Pero era la treta a utilizar para desilusionarlo. Es un final amargo. Igual que en la vida real y diaria. Lo malo es que, mientras en las otras novelas hay tensión, lucha, en esta sólo hay una lujuria más bien sórdida, templada por los años, una emoción física desbordada en quien no había paladeado la palabra amor ni había batallado en cama nupcial ni cabalgado en potra de nácar como había dejado escrito ya Federico García Lorca.

Estamos hablando de novela, de lecturas. Y en las tres podemos hallar rasgos comunes, rasgos que están extraídos de la vida diaria y nos parecen cercanos. Las tres hablan de muerte, de amor, de experiencias personales que, si me apuráis un poco, son las mismas que nosotros tenemos, hemos vivido, cada uno en su ambiente. Por eso son buenas novelas. Y sólo por eso debemos leerlas. Y mientras las leemos, comprendemos nuevas vidas y las vivimos como si fuera la nuestra, como si fuese una aventura que estamos protagonizando.

De la muerte no vamos a hablar, pero está presente en las tres novelas. Salvatore la lleva consigo y rememora siempre otra más: la de su esposa. Bolívar añora también la esposa fallecida:

> *La mujer, Dolores Encarnación del Santísimo Sacramento Estupiñán Otavalo, vestía ropajes que sí existieron y continuaban existiendo en los rincones porfiados de la memoria, en los mismos donde se embosca el tábano de la soledad.*

Ernesto no reflexiona nada sobre la muerte. Cita referencialmente el fallecimiento de sus hermanas pero no le pone emoción alguna al hecho en sí. Es un ser que todo lo cifra en vivir una vida tranquila, una vez que se ve mayor, libre y sin hermanas. Pero es mediocre. No ama. No sabe amar. Una vez tuvo una medio novia, pero las indicaciones de su hermana sirvieron sólo para apartarlo de ella. Ni siquiera acude a comprar un rato de compañía.

Roncone, sin embargo, tuvo un amor fuerte y profundo, Dunka, su compañera en la resistencia:

> *En un diván no, pero en la cama sí que cenábamos como esa pareja, ella y yo, sin más luz que la luna, por mor de los aviones y las rondas*

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

de la Gestapo... La luna resbalando sobre el mar como un camino derecho hacia nosotros... ¿Para qué más luz? ¡Con tocarnos, con besarnos!... ¡Y cómo nos besábamos, Dunka, cómo nos besábamos!

Bolívar no trata con mujeres a partir de la muerte de la suya. Para él, el único sustitutivo son las novelas de amor:

—Mira. Con todo el lío del muerto casi lo olvido. Te traje dos libros.
Al viejo se le encendieron los ojos.
—¿De amor?
El dentista asintió.
Antonio José Bolívar Proaño leía novelas de amor, y en cada uno de sus viajes el dentista le proveía de lectura.
—¿Son tristes? —preguntaba el viejo.
—Para llorar a mares —aseguraba el dentista.
—¿Con gentes que se aman de veras?
—Como nadie ha amado jamás.
—¿Sufren mucho?
—Casi no pude soportarlo —respondía el dentista.

Ernesto es un hombre que reproduce. No sale de las visiones de su infancia, de su casa:

¡Cómo recuerdo aquella vieja cama de hierro, con lateral de finos barrotes negros y un colchón de muelles, que chirriaba cada vez que yo me daba media vuelta. Junto a la cabecera había una mesita de noche de nogal veteado y, encima, un vaso de agua cubierto con un pañito y la palmatoria y, en el compartimento bajo, un orinal blanco, de loza, con los bordes desportillados. Las visiones de infancia, señora, no se esfuman, perduran a través del tiempo. Yo no olvido...

Y es que Ernesto cuenta su vida para que Rocío la vaya conociendo y se acostumbre a ella, vida de solterón egoísta. Había fallecido su madre cuando él tenía tres años y dependió, hasta su matrimonio, de su hermano mayor. Y después de las de Eloísa y sobre todo de las de Rafaela, la maestra de escuela que tuvo, una vez, un novio al que mataron en la guerra.

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

Un día, Roncone, atrevido, saca a pasear a su nieto al parque. Y de modo casual conoce a Hortensia. Un coche salpica, al meter la rueda en un charco, el cochecito del niño. Roncone, enfadado por el mal gesto del que el conductor, por otra parte no se ha enterado, intenta agredirlo y vocifera como buen italiano. Como se apartó del nietecito, cuando vuelve, encuentra que una señora lo tiene en brazos:

> *—No se lo voy a robar, señor —tranquiliza con una sonrisa—. Le oí llorar, le vi solo y me acerqué.*
>
> *El niño ya no llora. La mujer le limpia la mejilla con un pañolito blanquísimo. El viejo sigue recobrándose y aunque hostil todavía a la intrusión, le calma el rostro apacible: unos labios frescos entre arruguitas graciosas, una expresión joven pese a la madurez no disimulada.*
>
> *—Gracias, señora —puede decir al fin, mientras su mirada, descendiendo, valora los pechos marcados sin exceso, las caderas rotundas, la buena planta.*

Hortensia significará pronto mucho en la vida de Salvatore.

Ernesto habla excesivamente de su hermana Rafaela, mujer bella sobre toda ponderación, excepcionalmente bonita. Tanto la nombra y renombra que Rocío, perspicaz, le pregunta si acaso no estuvo enamorado de ella:

> *¿Enamorado yo de Rafaela? ¡Qué disparate! No debe usted concluir esto de mi ferviente admiración por ella. La asiduidad desmitifica y, posiblemente, si Rafaela, como Eloína, no se hubiera separado de mi lado, nunca hubiera reparado en su altivo esplendor. Pero mi difunta hermana Rafaela venía para ausentarse y, cada vez que se presentaba, yo descubría en ella algo nuevo, un mohín, un gesto, un ademán que hasta aquel momento me había pasado inadvertido. Y, admito, incluso que, al abrazarla, me estremecía, como si estrechara entre mis brazos a una hermosa mujer ajena a la familia. Pero ¿cabe deducir de esto que estuviera enamorado de ella?*

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

Bolívar sólo vivía para sus novelas:

> *Paúl la beso ardorosamente en tanto el gondolero, cómplice de las aventuras de su amigo, simulaba mirar en otra dirección, y la góndola, provista de mullidos cojines, se deslizaba apaciblemente por los canales venecianos. Recordó haber besado muy pocas veces a Dolores Encarnación. A lo mejor, en una de esas contadas ocasiones lo hizo así, ardorosamente, como el Paúl de la novela, pero sin saberlo. En todo caso, fueron muy pocos los besos porque la mujer, o respondía con ataques de risa, o señalaba que podía ser pecado.*

Roncone era un hombre recio, de los que quedan pocos, o más bien ninguno:

> *Se detiene ante un quiosco. Le fascinan las portadas de las revistas; como a los niños las estampas.*
>
> *¡Qué culos, qué tetas! Ahoran lo enseñan todo. Da gusto, los ojos no envejecen... Pero también cabrea. ¡Pura mentira, de papel nada más! Calentarse y no tocar; hace falta ser tan frío como los milaneses para aguantarlo.*
>
> *Las estampas le hacen mirar de otro modo a los transeuntes. ¡Cómo visten hoy las mujeres, mamma mía! Van tan cortas que le hacen sentir frío por ellas, a pesar de su pelliza...*

Pero Salvatore se había impuesto otra meta. Hacer de su nietecito, que aún ni andaba ni balbucía palabra alguna, un hombre. La moderna pediatría recomienda que el niño no habite en la habitación de los padres, que si llora se le deje, que no se le tome en brazos porque se acostumbra. Y claro, eso es demasiado para el viejo. Así es que, cuando el niño llora por las noches o se despierta, allá va él que le pone un dedo en la manecita hasta que se tranquiliza y se duerme.

En la Nochevieja, la obligación de probar todos los platos hechos para la ocasión le sientan mal al viejo que consigue aguantar hasta la medianoche gracias a que, a escondidas, toma el sedante recomendado por el profesor para los trances más agudos:

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

Sabe que la medicina le adormecerá, impidiéndole despertarse de madrugada, y por eso decide ver a Brunettito antes, en la primera hora del niño. Así, cuando cesan los ruidos en el cuarto de baño y el matrimonio se retira, el viejo coge su manta y se traslada cauteloso a la alcobita. Allí besa delicadamente al niño dormido y le desea una vida larga y colmada, inclinándose sobre él como un sauce. Luego se sienta en el suelo, se envuelve en su manta y se apoya contra la pared, para su acostumbrada guardia.

Ernesto carece de todo esto. Sólo ha tenido pocos amigos: Ángel Damián, en la actualidad —la de la novela, claro— imposibilitado, y Baldomero Cerviño, su compañero en el periódico y que, al final, acaba quitándole la novia a sus sesenta y cinco años cumplidos. No ha sido feliz Ernesto, tampoco, quizá, ha sido hombre de grandes necesidades:

Mi camino no ha sido ciertamente de rosas. Quizá este repertorio de calamidades -le ha contado a Rocío su historia personal- no difiera, en sustancia, del de la mayoría de los mortales, pero a mí, por propia culpa o a pesar mío, que esto aún no he llegado a dilucidarlo, me faltó lo que otros tienen para poder afrontarlo con serenidad: compañía. Yo, por sino familiar o porque no la busqué, no hallé una persona que compartiera mi vida. ¿No encontré mujer porque soy huraño o soy huraño porque no encontré mujer. Ni siquiera intenta determinarlo porque, en verdad, y tenía razón en eso, no adelantaría gran cosa sabiéndolo. Por eso me preocupo un poco: podría parecerle un descalabro este revés pero se lo toma con relativa calma.

Antonio José Bolívar Proaño tenía una espina clavada, no todo iba a ser la escasa felicidad que gozaba con Dolores Encarnación del Santísimo Sacramento Estupiñán Otavalo:

La mujer no se embarazaba. Cada mes recibía con odiosa puntualidad sus sangres, y tras cada período menstrual aumentaba el aislamiento.

— Nació yerma —decían algunas viejas.

—Yo le vi las primeras sangres. En ellas venían guarisapos muertos —aseguraba otra.

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

—Está muerta por dentro. ¿Para qué sirve una mujer así? - comentaban.

Antonio José Bolívar Proaño intentaba consolarla y viajaban de curandero en curandero probando toda clase de hierbas y ungüentos de la fertilidad.

Decidieron abandonar la sierra cuando al hombre le propusieron una solución indignante.

—Puede que seas tú quien falla. Tienes que dejarla sola en las fiestas de San Luis.

Allí, tras la marcha del cura, se organizaba una borrachera colectiva en la que cada uno tomaba el cuerpo de mujer que más cerca se hallase.

Antonio José Bolívar Proaño se negó a la posibilidad de ser padre de un hijo de carnaval.

Quizá por ello se dio a la lectura de novelas de amor.

Como formaba parte del primer turno, el viejo se apropió de la lámpara de carburo.

Su compañero de vigilia lo miraba, perplejo, recorrer con la lupa los signos ordenados en el libro.

—¿Verdad que sabes leer, compadre?

—Algo.

—¿Y qué estas leyendo?

—Una novela. Pero quédate callado. Si hablas se mueve la llama y a mí se me mueven las letras.

El otro se alejó para no estorbar, mas era tal la atención que el viejo dispensaba al libro, que no soportó quedar al margen.

—¿De qué se trata?

—Del amor.

Ante la respuesta del viejo, el otro se acercó con renovado interés.

—No jodas. ¿Con ricas hembras, calentonas?

El viejo cerró de sopetón el libro haciendo vacilar la llama de la lámpara.

—No. Se trata del otro amor. Del que duele.

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

Salvatore sólo anhela perpetuarse en el nieto. El niño, como cualquier otro, se despierta por la noche, se levanta de su cuna y se pasea por la casa. El ruido que provoca despierta a los padres:

> *—¡Vuelve a la cuna, Brunettino!... No vengas, ¿me oyes?, ¡te he dicho que no vengas.*
>
> *El grito de Andrea no parece detener al niño.*
>
> *—¿Es que no me has comprendido?...¡Eres malo, muy malo! Has despertado a todos y es hora de dormir... ¡Mamá se va a enfadar!*
>
> *El viejo la oye entrar de nuevo en la alcobita y acostar al niño. En cuanto te deje solo me reuniré contigo, compañero, jura.*

Como lo hacía Ernesto. En verdad que no tiene mucho atractivo su personalidad, pero es sincero y lo reconoce. Está ya en una edad en la que no va a cambiar. Si acaso, le hubiera hecho cambiar el amor que había brotado en su corazón como un juego, falso. Porque la foto que Rocío le envía no es la suya. Los sueños eróticos iban dirigidos a otra mujer también desconocida. Ni siquiera cuando en su corazón existe un sueño romántico, ella, pragmática, ordenada, calculadora, le hace caso, mas bien lo desprecia y eso a él le duele. ¿Qué importa eso si es un hombre? Rocío se ha burlado un mucho de él. Primero dilata la entrevista excusándose con una fingida enfermedad que a él le turba por el sufrimiento de ella. Ya con ella en Madrid, le echa un jarro de agua fría encima de sus ilusiones tardías:

> *Nadie tiene derecho a mendigar amor. El amor se siente o no se siente, no se finge ni se improvisa. La escena del amante dando a lamer sus llagas a la amada (sus llagas de incomprendido) es un espectáculo deprimente. Dejemos, pues, las cosas como están.*

Pero nadie le puede impedir que rumie su amargura:

> *Por días me vuelvo susceptible e irritable. Necesito comprensión. A ciertas horas me invade el desaliento. ¿Por qué? El mundo me deprime, Rocío, me asusta, preciso de alguien en quien confiar cuando las aguas se agitan y el naufragio amenaza.*

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

El viejo cazador, esperando la terrible bestia que buscaba matar y morir, estaba concentrado. Todo para él era un compás de espera para continuar con sus lecturas en su casa de la orilla del río.

Sorprendido, el viejo se movió lentamente hasta recuperar la escopeta.

—¿Por qué no atacas? ¿Qué juego es este?

Arriba, el animal no le despegaba los ojos de encima. De improviso, rugió, triste y cansada, y se echó sobre las patas.

La débil respuesta del macho le llegó muy cerca y no le costó encontrarlo.

Era más pequeño que la hembra y estaba tendido al amparo de un tronco hueco. Presentaba la piel pegada al esqueleto y un muslo casi arrancado del cuerpo por una perdigonada. El animal apenas respiraba, y la agonía se veía dolorosísima.

—¿Eso buscabas? ¿Que le diera el tiro de gracia? —gritó el viejo hacia la altura, y la hembra se ocultó entre las plantas.

Se acercó al macho herido y le palmoteó la cabeza. El animal apenas alzó un párpado, y al examinar con atención la herida vio que se lo empezaban a comer las hormigas.

Puso los dos cañones en el pecho del animal.

—Lo siento, compañero. Ese gringo hijo de la gran puta nos jodió la vida a todos. —Y disparó.

No veía a la hembra pero la adivinaba arriba, oculta, entregada a lamentos acaso parecidos a los humanos.

La mujer contesta lentamente:

—¡Ay, Bruno! Los hijos acaban dejándote, hagas por ellos lo que hagas. Al final, una se queda sola.

Hay tanta melancolía en esa voz que el hombre olvida su ira. Recuerda además su propia situación y responde con ternura.

—No, no lo hice. Pero mi hija sí.

Salvatore, Bruno para los partisanos, tiene su particular filosofía. Pero no se ha adaptado a los tiempos y si se le permiten determinadas cosas es en función de su enfermedad, con independencia de su bondad natural que nadie se la niega. Es, por demás el personaje más complejo de las tres novelas.

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

Hortensia enferma. Queda sola en su casa y Salvatore va para ayudarla en lo que puede.

> *El hombre se asoma a mirar por la ventana. Luego se sienta en la silla próxima a la cama.*
>
> *—Estás cansado... Como no duermes, por el niño...*
>
> *—Nunca he dormido mucho; no me hace falta.*
>
> *—Echa una cabezadita; anda... Como el primer día.*
>
> *—Pues mira, si no te importa...*
>
> *—¡Pero no sentado ahí, tonto!... Aquí, es muy ancha.*
>
> *La mano femenina se posa en la parte vacía de la gran cama de matrimonio. Luego sube hasta el embozo y empieza a bajarlo.*
>
> *El hombre se envara:*
>
> *—¿En tu cama? ¿Tan viejo me piensas?*
>
> *Ella ríe gozosamente ante su encrespamiento:*
>
> *—Vamos, hombre, enferma como estoy... Anda, acuéstate, aunque sea vestido. Si te durmieras encima te quedarías frío.*
>
> *Se pone de pie y empieza a quitarse de espaldas los pantalones Añade, risueño:*
>
> *—Pero te aviso: ya soy carne de viejo, Hortensia. Correosa.*
>
> *—Me gusta le cecina —ríe ella—. Y termina ya, que no voy a ver nada nuevo.*

Y en esa cama, mientras duerme, *«la mujer inmóvil le sigue contemplando enternecida»*. Se encuentra en una emocionada serenidad de hembra colmada por su amante. Saber amar así bien vale una vida. Cada edad requiere lo suyo.

Ernesto no ha tenido suerte. Está solo y eso no le gusta. No sé si es capaz de soportarlo en esas noches largas de Castilla. Y quizá se deba a que no sabe hacer muchas cosas, siendo culto, y habiendo trabajado activamente:

> *Yo debo reconocer que me he acostumbrado a usted, que necesito de usted, de sus desplantes, sus ironías, sus lamentaciones y que prescindir de golpe de todo ello me supondría un hondo desgarramiento.*

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

Lo importante en la vida es disponer de un interlocutor. Alguien con quien hablar. Eso es lo que también ha buscado Carmen Martín Gaite. Y me pregunto: ¿pero, es que la gente no sabe estar sola? ¿no necesita estar sola? ¿no sabe estar consigo mismo?

Pero bajemos de las altas contemplaciones. Hemos dejado muy apurado a nuestro amigo Bolívar:

> *—Aquí estoy. Terminemos este maldito juego de una vez por todas.*
>
> *Se escuchó gritando con una voz desconocida y la vio correr por la playa como una saeta moteada.*
>
> *El viejo se hincó, y el animal, unos cinco metros antes del choque, dio el prodigioso salto mostrando las garras y los colmillos.*
>
> *Una fuerza desconocida le obligó a esperar a que la hembra alcanzara la cumbre de su vuelo. Entonces apretó los gatillos y el animal se detuvo en el aire, quebró el cuerpo a un costado y cayó pesadamente con el pecho abierto por la doble perdigonada.*
>
> *Antonio José Bolívar Proaño se quitó la dentadura postiza, la guardó envuelta en el pañuelo, cortó de un machetazo una gruesa rama y apoyado en ella se echó a andar en pos de El Idilio, de su choza, y de sus novelas que hablaban con palabras tan hermosas que a veces le hacían olvidar la barbarie humana.*

Ernesto quiso ser elegante en su última carta pero no pudo, le faltaba cuna quizá o mundo interior con toda seguridad. Y se despide con una carta en las que entremezcla en despecho y el desengaño. Sólo ha intentado desprestigiar a su rival:

> *Apenas se vieron se sintieron atraídos mutuamente. Cupido disparó sus dardos desde la Torre de la Giralda. ¡El flechazo de la tercera edad! Automáticamente, yo quedé pospuesto, dejé de existir para usted. ¿Cómo competir con el donaire, la galanura, la noble testa patricia de Baldomero?*

Salvatore ha aprendido dos cosas últimamente: la primera, a darse; la segunda a no pedir más a la vida, a saborear el tiempo presente:

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes

Ella sigue reclinada sobre el codo. La dama etrusca, recuerda el hombre. Pero no sobre un sarcófago. La cama es un océano tranquilo donde se vive la pleamar de los amantes. ¡Alta libertad de entregarse! Al hombre ya no le encadena la sombra de Dunka. Sereno ante la puerta que pronto traspasará, porque ya sabe vencer al destino. Ella, mientras tanto, sabiendo lo que sabe, siente derramarse hacia dentro, anegándole el pecho, unas lágrimas por él, por ella misma. Le gustaría cogerlo otra vez en brazos. Se reprime y se refugia también en el puro instante. Que no se rompa, reza.

El tiempo, que todo lo destruye, acaba de romper este idilio de lectura. Bueno, es un decir, porque lo que, en realidad, nos va a permitir a cada uno de nosotros es el ejercicio libre de la creatividad de modo que podamos seguir leyendo y entrelazando, uniendo casi en común lo que pertenece a lo uno y a lo diverso.

ACTAS XXXVII (AEPE). José Luis MOLINA MARTÍNEZ. Tres muy buenas lecturas para lo...
Centro Virtual Cervantes